

## Prontuario

Fernando Butazzoni

*Estados Unidos es el único imperio supérstite del mundo. En sus dominios nunca se pone el sol. Su poderío militar es aplastante, y sus fuerzas armadas son el factor decisivo en la construcción de su política exterior. Es bien sabido que, en las coaliciones que Estados Unidos pergeña para maquillar sus invasiones militares, los demás integrantes del conglomerado ocasional son apenas elementos decorativos, tanto por su aporte bélico concreto como por su peso a la hora de tomar resoluciones. Así ocurrió cuando la invasión a Granada, hace más de dos décadas; así ocurrió recientemente cuando la invasión a Irak. Ni siquiera la Gran Bretaña tiene un peso específico lo bastante significativo como para modificar en algo el curso de las acciones emprendidas por la Casa Blanca o por el Pentágono.*

Históricamente, las inversiones norteamericanas han sido la bisagra perfecta para sus movimientos belicistas. Los pretextos para las invasiones han estado siempre centrados en dos argumentos básicos: la defensa de la vida e integridad física de ciudadanos norteamericanos y la defensa de las inversiones de empresas de Estados Unidos en otros países o territorios. Así ocurrió en Cuba cuando la voladura del buque Maine, hace más de un siglo; así en Nicaragua cuando Sandino, y en la República Dominicana de Caamaño, y en Panamá y en tantos otros países. Compañías como la United Fruit Company y la ITT se hicieron famosas no por sus performances en la bolsa de Wall Street, sino por haber gestado y sostenido, a sangre y fuego, las políticas imperiales de Estados Unidos en América Latina.

Las acuciosas investigaciones llevadas a cabo durante décadas para entender a cabalidad el proceso que colocó a Pinochet al frente del gobierno en Chile, han permitido descubrir detalladamente la trama norteamericana detrás del golpe de Estado. Empresas de ese país con intereses económicos en Chile fueron las principales gestoras de ese monstruo llamado Augusto Pinochet. Y esas empresas no actuaron solas, ni a escondidas de la Casa Blanca; muy por el contrario, lo hicieron con el apoyo explícito e irrestricto de las más altas autoridades del gobierno de los Estados Unidos. Henry Kissinger, desde su posición preeminente en el entorno del entonces presidente Richard Nixon, fue el factótum de la conspiración, del golpe de Estado, del bombardeo de La Moneda y de la muerte del presidente constitucional de Chile, el médico socialista Salvador Allende.

Ese espíritu rapaz, exhibido a lo largo de su historia por los Estados Unidos, no se ha atemperado con el paso del tiempo, ni se ha diluido como muchos suponían tras la caída de la Unión Soviética y el fin de la Guerra fría. Por el contrario, la falta de adversarios de porte ha sido la incubadora perfecta para que una pandilla de delincuentes asumiera de forma ilegítima el control del gobierno norteamericano, y pusiera a ese gran pueblo de rodillas en aras de sus intereses particulares. La guerra de Irak es por petróleo y por los gigantescos contratos de reconstrucción que llegaron a manera de recompensa. El gobierno de Estados Unidos miente, mata, conspira y saquea. Actúa como una corporación mafiosa.

También es un error suponer que todos esos horrores suceden en una remota región del mundo, acosada por la desintegración social, el terrorismo y la antigua dictadura de un sátrapa llamado Saddam Hussein. Para implementar esa política, los Estados Unidos han violado las leyes internacionales, han ejecutado personas de manera secreta en otros países, tanto en Europa como en Medio Oriente, Asia y América Latina, han establecido cárceles clandestinas, han sobornado a políticos y periodistas. En Alemania hoy se investigan los vuelos clandestinos de aviones norteamericanos trasladando personas secuestradas, y en Rumania se dice que hay actualmente una prisión secreta de la CIA, sin que el gobierno de ese país lo haya autorizado. En Guantánamo hay otra. En Beirut hay otra más. En esas y en otras prisiones se tortura, se mata y se desaparece personas. Esos actos son realizados tanto por personal militar como civil del gobierno de Estados Unidos. Para mejorar el perfil logístico de su gigantesca campaña en Irak, la camarilla de George W. Bush no dudó en ocupar Afganistán y en sostener a otro sátrapa igual o peor que Saddam en Pakistán.

En lo referente a la llamada “política hemisférica” para América Latina, los diferentes estamentos del poder imperial se han pronunciado reiteradamente en el sentido de condenar los lazos más o menos estrechos que los países latinoamericanos tengan o establezcan con Cuba o con Venezuela. Los embajadores de Estados Unidos en América Latina tienen hoy como una de sus prioridades el debilitamiento de los vínculos que el país en el que se encuentra destacado mantenga con esas dos naciones. Hace pocos meses un alto funcionario del gobierno de Bush sugirió a un presidente latinoamericano que no hiciera escala en Caracas en su viaje a Washington.

El terrorismo ha pasado a ser el comodín de la baraja para el Departamento de Estado, pese a que en el propio territorio norteamericano se guarecen ahora (como lo hicieron antes) terroristas de la peor calaña pagados por la CIA, por la DEA, por el FBI o por la NSA, o por varias de esas agencias federales juntas. Amparados en supuestas cruzadas antiterroristas en el mundo, los servicios de inteligencia de Estados Unidos espían, fichan y catalogan miles y miles de comunicaciones cada día. En el propio territorio

norteamericano hay cientos de detenidos ilegales, acusados de vínculos con el terrorismo.

Este prontuario debería bastar para que la comunidad internacional se escandalizara. Sin embargo, por ser Estados Unidos el país acusado de semejantes crímenes, lo que hay es apenas una serie de objeciones formuladas casi en susurros en los alambicados recintos de la diplomacia. El poder de la metrópolis se hace sentir. El temor muchas veces es más grande que el sentido común. Pero hoy, más que nunca antes, la cultura de la vida debe prevalecer. En definitiva, la historia de América Latina es sobre todo la historia de la lucha por la libertad de sus pueblos. Se ha dicho que el siglo XIX fue el siglo de la independencia política de las naciones latinoamericanas. Un somero análisis nos enseña que, durante el siglo XX, la inmensa mayoría de nuestros países fueron de nuevo sojuzgados a través de la economía y pasaron a ser políticamente dependientes del poder imperial. Salvo excepciones, esas cadenas aún son yugo para nosotros. Es hora de romperlas.

No será un proceso sencillo ni rápido, por más que algunos pretendan convertirse en héroes de la noche a la mañana. Los discursos facilistas y las consignas falsamente radicales suelen ser flor de un día, coqueteos de adolescentes acomodados, berrinches sin sustento. La piedra de quien esconde la mano casi siempre se carga en una mochila marca Nike. Por el contrario, debemos afrontar con seriedad y responsabilidad un largo camino en el que la prudencia se combine con el coraje y la astucia vaya de la mano de la franqueza. Un camino de unidad en el que todos sacrifiquemos algo en aras del bien común. Hoy en América Latina hay gobiernos progresistas y partidos con sólidas mayorías que pueden y deben guiarnos por ese camino. Si sabemos respaldarlos lo harán.